

From the Pastor's Desk

"And he called to him the multitude with his disciples, and said to them, 'If any man would come after me, let him deny himself and take up his cross and follow me. For whoever would save his life will lose it; and whoever loses his life for my sake and the gospel's will save it.'"

(Mark 8:34-35)

This Sunday's gospel reading is among my favorites as it describes so clearly Jesus' identity and our purpose in life.

Just before the quoted passage, Peter proclaims Jesus to be the Christ and, when Jesus explains that he will have to suffer and be put to death, Peter objects and is rebuked by Jesus for thinking in worldly terms.

This gospel passage represents a pivotal turning point in Mark's gospel from Jesus' public ministry toward his passion and death in Jerusalem: the hour for which he has come.

Just as one of Jesus' apostles seems to be gaining clarification into Jesus' divine identity, he immediately reverts to a most human temptation to place worldly security before God's will.

This temptation to place the created world and all its allurements before our faithful and trusting relationship with our Creator and his Word describes the struggle of our faith. It is our readiness to emulate Christ's loving trust in and fidelity to God's will that saves us.

As we allow our worldly desires to die in favor of an all-consuming desire to live in Christ, we enter into authentic life and bring ourselves into God's community.

Jesus makes clear that our pursuit of his loving trust and fidelity to God require effort, patience, and sacrifice. We, too, must take up a cross and carry it.

This simple formula to pursue Christ's presence in our lives through our thoughts, words, and behavior, without concern for, or concession given to, our worldly desires, is the goal of our faith lives and the way to our heavenly home.

-Fr. Brian Kean

Desde el escritorio del pastor

"Entonces llamó a la multitud y a sus discípulos y les dijo: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque el que quiera salvar su vida, la perderá; y el que pierda su vida por mí y por el evangelio, la salvará" (Marcos 8:34-35).

La lectura del evangelio de este domingo es una de mis favoritas, ya que describe con claridad la identidad de Jesús y nuestro propósito en la vida.

Justo antes del pasaje citado, Pedro proclama que Jesús es el Cristo y, cuando Jesús explica que tendrá que sufrir y ser condenado a muerte, Pedro se opone y Jesús lo reprende por pensar en términos mundanos.

Este pasaje del evangelio representa un punto de inflexión fundamental en el evangelio de Marcos desde el ministerio público de Jesús hasta su pasión y muerte en Jerusalén: la hora para la que ha venido.

Justo cuando uno de los apóstoles de Jesús parece estar obteniendo una mayor claridad sobre la identidad divina de Jesús, inmediatamente recurre a una tentación sumamente humana de anteponer la seguridad mundana a la voluntad de Dios.

Esta tentación de anteponer el mundo creado y todos sus atractivos a nuestra relación fiel y confiada con nuestro Creador y su Palabra describe la lucha de nuestra fe. Es nuestra disposición a emular la confianza amorosa de Cristo en la voluntad de Dios y su fidelidad a ella lo que nos salva.

Cuando permitimos que nuestros deseos mundanos mueran en favor de un deseo que todo lo consume de vivir en Cristo, entramos en la vida auténtica y nos incorporamos a la comunidad de Dios.

Jesús deja en claro que nuestra búsqueda de su confianza amorosa y fidelidad a Dios requiere esfuerzo, paciencia y sacrificio. Nosotros también debemos tomar una cruz y cargarla.

Esta sencilla fórmula para buscar la presencia de Cristo en nuestras vidas a través de nuestros pensamientos, palabras y comportamiento, sin preocuparnos por nuestros deseos mundanos ni hacer concesiones a ellos, es la meta de nuestra vida de fe y el camino hacia nuestro hogar celestial.

-Padre Brian Kean